

RECENSIONES

JOHN D. STEWART: *Gibraltar, The Keystone. (Gibraltar, Piedra Clave.)* London. John Murray. 1967. Un volumen de 336 páginas con 12 fotografías. Madrid. Editorial Aguilar. 1968. Un volumen de 398 páginas, con 12 fotografías. (Traducción española de Juan García-Puente.)

Presentamos al lector dos versiones de una obra reciente y ya famosa, no sólo por referirse al candente—y para España importante—tema gibraltareño, sino porque sus características la hacen hasta ahora única en su género. Obra que fue recibida con apasionamiento y bajo una diferente manera de acusar el gran interés que ofrece: En el Reino Unido, «conspiración del silencio», de la que se quejó el autor en carta a *The Tablet* y que da idea de cómo funciona por dentro la cacareada democracia británica, uno de los pretextos para retener por la fuerza al Peñón. En Gibraltar hubo fugaces menciones en la prensa local, denostando a un libro que racionalmente hubieran debido admirar los calpenses; y luego silencio. En España, ruido, comentarios, propaganda (el autor fue entrevistado por TVE en Belfast y apareció el 7 de julio de 1967 en las pantallas españolas, que se ven en Gibraltar); y, al final, traducción y publicación de su obra, en verdad merecedora de ello, pese a que es desigualmente favorable respecto de la tesis española. La traducción está cuidadosamente hecha, aunque algunas expresiones acusen gran libertad de equivalencias. Por ejemplo, «British and proud of it» se traduce por «inglesa y a mucha honra». Pero no será en este aspecto en el que nos sintamos autorizados para formular observaciones a la versión española. Sí en el de que ha suprimido el utilísimo índice de las páginas 327 a 335 de la edición inglesa. Hay además un pequeño desajuste tipográfico en la página 290 del texto español (correspondiente a la página 236 del texto británico), que deja al lector español sin saber el origen y los beneficios de la Lotería gubernamental calpense. En la página 135 hay un «Leghorn» que significa Liorna (en italiano Livorno). En fin, estas minucias no deben retrasar la presentación de la obra en su conjunto y en su pormenor, según nuestra sincera apreciación; que puede ser interesada—somos españoles y no marciales—, pero que desea ser ajustada a la base real de esa apreciación, sin falseamientos ni grandes omisiones.

El libro de Stewart es bueno e interesante, incluso para los no atraídos por la materia. En ningún momento decae la animación del contenido, pese a que hay capítulos más anecdóticos—amenos pero más superficiales—y capítulos con ribetes de erudición, nunca indigesta. Además, los ingleses han escrito poco y «sostentadamente» han seleccionado lo escrito sobre su última colonia europea, que es poco y malo si quitamos el ensayo demográfico de Howes. Los españoles hemos escrito mucho, pero rancio y más bien malo, sobre el Peñón. Los calpen-

ses, nada. Stewart es la única fuente de aquel origen a nuestro alcance. Es reciente—y reticente—, es agudo y su disculpable inclinación por el punto de vista inglés (no de modo incondicional, pues para opinar así es demasiado inteligente) no obstruye el meritorio juicio personal del autor.

Este reitera su simpatía por los españoles y reconoce muchas de las razones de España; es, incluso, optimista—más que el firmante—sobre los rápidos efectos de las pretensiones y posiciones españolas. A la vez se inspira en cariño y benevolencia hacia los calpenses, a los que intenta configurar como una comunidad con rasgos propios, digna de respeto universal; y en esto no discrepamos los españoles, más ligados por la sangre a los «llanitos» que sus dominadores o *Kolonialherren* británicos. Por supuesto, el libro es probritánico; y sobre esto hay que señalar algo importante. Se ha dicho en el Continente que los insulares son un pueblo hipócrita. Quien ahora escribe cree que no: los británicos cuando desean algo, o quieren presentar u omitir algo, comienzan por suggestionarse y autoconvencerse ellos mismos. Y ya en posesión de «su verdad»—la que les conviene—discuten con los demás. Stewart es un protestante (presbiteriano) y laborista (?) del Norte de Irlanda, es decir, del Super-Gibraltar ulsteriano. El mismo reconoce en su obra que los orangistas, como los «llanitos», son gentes «plantadas». Stewart, con mucho de la gracia y la simpatía irlandesas combinadas con el calculismo inglés, se esfuerza en presentarse como un irlandés que critica al imperialismo británico. Pero en el fondo siempre es un *orangista*, más listo y equitativo que otros, pero al fin y al cabo empapado de concepciones imperialistas y colonialistas. Quizá a ellas se deba el uso y el abuso de tópicos que desdican del conjunto del libro. Como el de que España sólo ha estado en Gibraltar de 1462 a 1704 (menos tiempo que los británicos) y que España, el régimen fascista o dictatorial existente—según los calificativos usados—haría perder a los gibraltareños las libertades democráticas de que hoy gozan. En este punto la contradicción es rotunda entre los tópicos deslizados y la minuciosidad con la que demuestra que en Gibraltar el poder es uno, absoluto y foráneo: el de Londres y sus representantes locales. Que son el gobernador y comandante en jefe y, a lo sumo, el de los jefes navales. Los «órganos» y «autoridades» de origen calpense pueden hablar y discutir, pero sólo en la esfera que les ha acotado el dueño colonial y con cuidado de no incurrir en su desagrado. Gibraltar poseía esos órganos cuando las guerras mundiales y dejaron de funcionar por una orden del dueño; más aún, en la segunda guerra los calpenses fueron evacuados en masa y por cierto que no a lugares donde se les tratara tan «excelentemente», como dice el libro. Todas las prestidigitaciones posibles (la «Constitución» de 1968 no es alcanzada por la obra, aunque en una futura edición podría serlo) no lograrán cambiar esa verdad, que arranca del hecho inmutable de que un Gibraltar sólo es inviable. El libro lo documenta con minuciosa profundidad (*vide* especialmente los capítulos finales: 23 a 28). Puede seguir siendo colonia, con o sin afeites, por la superioridad de la fuerza británica y por la poca habilidad española para neutralizarla, ya que ello exige no sólo ganar batallas diplomáticas en la O. N. U., sino bastante más acción, que a su vez exige una movilidad de posturas y relaciones que asusta a muchos graves varones, esos que en público gritan «Gibraltar español» y en privado aceptan «Rota yanqui». Puede también —«miraculum justus et asperus, sed imaginabilis» Gibraltar ser español; no de un modo absoluto o incondicional, que no pretendemos (Ciudad Libre, Autónoma o Asociada con España, con bases y franquicias, etc.). Y, por cierto, España ha contestado ya a los escrúpulos planteados en la página 312 del libro: los calpensen podrían votar. Lo que no puede ser Gibraltar es una *polis* independiente. Más vivas están Mónaco y San Marino, que tampoco son independientes aunque carezcan del lastre de la base colonial. El autor cita desafortunadamente a Andorra y Montenegro como casos parangonables. En realidad

RECENSIONES

el autor, tras sopesar, aceptar y rechazar con cuidadosa finalidad de aparente equilibrio las encontradas tesis y temiendo que la española prevalezca, se inclina por un Gibraltar ligado a España que propague a ésta su Democracia. La verdad es que de propagarnos algo—o mucho—no serían precisamente las esencias democráticas, sino cosas más tangibles y contables. Y dicho sea de paso, el autor, con admirable agudeza, tras reiterar mucho la furibunda britanofilia de los calpenses—más papistas que el Papa y de regusto colonial, según el libro demuestra—, añade que de modo insensible los calpenses hace mucho que votaron por España; con su lengua, gustos y costumbres, sus matrimonios y sus reacciones instintivas cada vez que los ingleses pisan un interés o un deseo local; lo que pese a los miramientos que Londres intenta desplegar hacia tan fieles vasallos sucede a cada paso. En fin, el libro no es solo—por fortuna— pura polémica disimulada; es observación y exposición de lo no escrito por nadie. El puesto del autor como ingeniero de Obras Públicas en la Colonia (1962-65) y como vecino próximo (en la Costa del Sol: 1964-65) le permitieron calar en detalles preciosos, menospreciados o inaccesibles a otros. Además aprendió español—la lengua real de Gibraltar, pese a las prescripciones oficiales crecientes, que el libro recoge con claridad—y comprendió no las dos mentalidades inglesa y española, sino la auténtica del calpense medio, que suponiendo con optimismo que exista dentro de la mezcolanza étnica y social, precisa de la conjunción de las dos culturas y las dos lenguas para poder ser abarcada. Porque el libro, a fuerza de escudriñar los recovecos de la vida calpense, pasada y actual, nos descubre el gran secreto a voces: en Gibraltar hay privilegiados—«los millonarios» en la expresión local—y desgraciados a los que mínimamente llegaban las rutilantes ganancias del tráfico local, dando a la palabra tráfico todas sus acepciones. La camarilla dirigente de esa «democracia» es un partido único—«primero, único y quizá último», dice la página 275 del texto español—, que oculta a una oligarquía conectada con intereses británicos, sin lo cual ni siquiera habría nacido. Y los *leaders*, Hassan, Isola y Compañía—Pelliza también—no son sino los muñecos de indispensable existencia, que en el caso de Sir Joshua llegan a las proporciones localmente posibles para el *quisingnato*. El autor resbala sobre el «plebiscito» de 1967, con sus 44 votos para una de las dos tesis enfrentadas. Es raro, aunque Stewart ya no viviera cerca de la Roca, que desconociera las especulaciones en torno a la concreción en unos 200/250 votos para la tesis rechazada, a fin de cubrir las apariencias y no imitar absolutamente a esos plebiscitos del 99,99 por 100 del Este europeo que provocan el furor de los puros laboristas y de las solteronas pensionistas insulares.

Y como las disgresiones de conjunto podrían prolongarse indefinidamente, acabando por suplantar la presentación del libro—que es nuestro objetivo—vamos a ésta.

La obra empieza con las primeras impresiones de la llegada a un Gibraltar *ashtonich*, es decir, *astonishing* en correcto inglés; con su españolismo desbordándose a cada paso, entremezclado con curiosas muestras de colonialismo parado en la época victoriana. Tras su instalación—que le permite describir con amena exageración los caracteres de muchos españoles—, el autor hace incursiones y excursiones por el pasado y el presente de Gibraltar, en las que mezcla prehistoria y monos, pájaros y clima, deslizándose hacia la población calpense—recordamos las graciosas anécdotas descritas en la página 95 de la edición española—que, poniendo el calificativo en boca de un teniente coronel, Chomondely, le parece las «gentes más extranjeras» que ha conocido. El Gibraltar medieval se recoge sin gran mérito; la «conquista» de 1704—Rooke resulta ser un lejano y posible antepasado del autor—se describe del modo menos deshonesto que le fue posible; vivo es el relato de los sitios del siglo XVIII. Y siguiendo la acertada táctica literaria de entremezclar temas añade una no

RECENSIONES

muy interesante excursión a España (en donde, como en muchas partes de la obra, menudean las insinuaciones contra la incorruptibilidad de los funcionarios y en general de los españoles). El estudio de la étnica local es químicamente triturado para que el resultado no sea explosivo; de él pasa sin intermedios al tema del contrabando, lo que nos resulta más simbólico, pero con una riqueza de datos ausente de las otras publicaciones. Quiere tocar la fibra sentimental inglesa al ocuparse del verdadero Trafalgar; se le escapan, en la página 197, unas contundentes verdades—con algún que otro error—sobre las relaciones angloespañolas, es decir, sobre la permanente hostilidad inglesa, que todos deberían leer y tener presentes. También se le escapan verdades menos solemnes, pero no menos graves, sobre la miseria en Gibraltar, cuyo sucesivo desarrollo interno estudia muy bien y que sepamos en solitario. Sobre los cultos religiosos en el Peñón también consigna datos valiosos (o España no supo defenderse, o en Roma se creyeron obligados a atender más al Poder ocupante y herético), como sobre la lengua: en este aspecto no hay desperdicio; ya vemos que se está luchando a muerte contra el castellano, como en Filipinas. Sólo que es el futuro de Gibraltar mismo y no sólo el de su lengua lo que se discute. Valiosísima es su clasificación de la estratografía oficial (pág. 250). Menos profunda, pero graciosa, es su crítica del «otro lado de la empalizada» (*Pale*, dice el texto inglés, y el que conozca la historia de Irlanda no puede menos de asignar un sentido especial al vocablo), en la que se reconoce que La Línea fue el «East End» de Gibraltar.

La evolución, digamos político-colonial, de Gibraltar se estudia desde el capítulo 22, viéndose que los «avances democráticos» se deben a fenómenos exógenos con repercusión local y sin otro condicionamiento de este origen que el económico, a su vez enmarcado en el estratégico, que es superlocal. El autor no se muere la pluma para describir los secretos cabildos entre los «leaders» locales y sus jefes coloniales, regateando aparentes seguridades contra las apetencias españolas para conseguir efectivas libras en cada nueva fase de la vida local, determinada por lo que por rutina llama alguna vez *bloqueo*, esto es autodefensa española—parcial y dentro de lo tratado en 1713—, con retiradas de las «facilidades» que durante más de un siglo tuvo el Peñón, sin agradecerlas nunca. El autor es bastante objetivo al adentrarse por las dificultades literales y por las limitaciones jurídicas del Tratado de Utrecht, tras del que tan endebles quedan los títulos ingleses, y describe bastante bien los debates en la O. N. U. La prensa española ha divulgado las hipótesis o conclusiones que el autor enumera en las páginas 385 a 399 del texto español y ello nos releva de reproducirlas o referirlas más *in extenso*. Compartimos su criterio a largo plazo, no para breve tiempo, como él hace—con pesimismo respecto de sus *wishfull thinkings*—, dada la complejidad de factores que convergen sobre Gibraltar, en los que destacan dos: tenacidad invariable inglesa y respaldos externos efectivos respecto de la parte más poderosa; tenacidad que ojalá siga siendo invariable en cuanto a España, con respaldos esplendorosos que sean menos platónicos que hasta hoy para la parte menos poderosa. El factor local es un pretexto: en sí no juega; si los calpenses quisieran ser españoles y a Londres le conviniera retener el Peñón los reemplazaría simplemente, como ya hizo con los habitantes de 1704.

Concluimos la presentación de la obra. Es de las que por su variedad y vivacidad, a cada paso cambiante, admite malos resúmenes y exige lectura directa. Hágala el lector y no se sentirá defraudado. Los españoles felicitamos al autor, no por ser más proespañol que la mayoría de sus compatriotas, sino por haber escrito sobre Gibraltar con más inteligencia; y sobre todo por haber escrito lo que otros callaron o desconocieron.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES.

RECENSIONES

CLARK D. MOORE - ANN DUNBAR: *Africa Yesterday and Today*. Bantam Pathfinder Editions. London, New York, Toronto 1968; 394 págs.

Ya es bastante sabido desde hace algún tiempo que el continente africano puede considerarse como el sector más esencial y característico del llamado o apodado «Tercer Mundo»; aunque el conjunto de los países africanos tenga menos territorios y muchos menos totales de habitantes que, por ejemplo, los del Extremo Oriente asiático. Los años comprendidos entre la primera Conferencia de Solidaridad celebrada en El Cairo por los no-alineados y el 1967, en que todo el sistema interno de la interafricana organización O. U. A. se ha puesto en crisis desde el conflicto de Nigeria, completaron un ciclo esencial en la evolución desde el Africa de ayer al Africa de hoy. En el actual 1968 los Estados africanos (de todos los colores y todas las formaciones) tienen sus mejores esperanzas en poder sostener y ampliar las cooperaciones mundiales establecidas desde que dichos Estados forman uno de los conjuntos más compactos dentro de la O. N. U.

Sin embargo, ocurre que el exacto conocimiento y la comprensión objetiva de las posibilidades activas y pasivas del Africa actual en relación con ella misma, con las grandes potencias y con el resto del mundo exige unas dobles proyecciones hacia atrás y adelante. Si se prescinde de Egipto, con su clasicismo tantas veces milenario, y de la conocida como «Africa del Norte» o conjunto de países berberiscos, que en gran parte se enlazan con España e Italia por sus extremos, se comprueba que el núcleo macizo al que se alude cuando se habla de Africa en general sea precisamente la que está más allá del desierto: es decir, el Africa Negra. Aquello constituye, a la vez, uno de los sectores regionales mundiales más viejos y más nuevos. Viejo, vicijísimo y arcaizante porque hay sitios donde han llegado hasta nuestros días muchos usos de grupos tribales procedentes de la prehistoria. Nuevo, porque los problemas de consolidación y planificación de los pueblos afronegros figuran entre los más agudos de los pueblos subdesarrollados.

Uno de los efectos que el dualismo cronológico del Africa tropical produce en los enfoques desde el campo técnico de lo político internacional es el de mostrar la necesidad de disponer de un conjunto de textos fundamentales que sean a la vez información y documentación; repertorio extractado completo de todos los acontecimientos representativos y antología de interpretaciones en que se reflejan los más diversos puntos de vista de una selección de portavoces de orígenes europeos y afrotropicales. Este papel ha venido a desempeñarlo muy oportunamente el manual *Africa Yesterday and Today*, de las conocidas ediciones Bantam. Se trata de un libro cuyo tamaño, muy manejable, no excluye la apretada densidad de los capítulos. Su mayor utilidad práctica es la de servir tanto de consulta para los especialistas internacionalistas como de divulgación para los demás lectores.

El referido libro sobre Africa ayer y hoy se ocupa realmente solo del Africa Negra. Los nombres de sus autores son los de dos profesores de la «George School» de Pennsylvania, los cuales han dirigido una labor de seminario para seleccionar y coordinar todos los materiales necesarios al objetivo de establecer programas completos de estudios afroasiáticos contemporáneos. El libro resulta una especie de selección de autoridades que se ocupan de la geografía, la cultura, la historia, la sociología y los problemas modernos en el Africa al Sur del Sahara o Sájra.

Dentro de un encuadramiento general en seis partes, que tratan desde las determinantes del pasado hasta las posibilidades del inmediato futuro, aparecen

RECENSIONES

setenta y cinco textos procedentes de diversas personalidades africanas y mundiales. Así, figuran jefes de Estados, jefes africanos político-sindicales, ideólogos y agitadores, dirigentes de potencias occidentales, eruditos universitarios, directores de servicios de cooperación e intercambio, etc. Entre los africanos hay textos del emperador de Etiopía, de Jomo Kenyatta, Patricio Lumumba, Tom Mboya, Diallo, Telli, Ndabaninghi Sithole, etc. Los europeos y los norteamericanos son unas veces investigadores «africanistas» y otras son internacionistas activos, representantes de las Agencias especializadas de la O. N. U. y encargadas de sectores de experimentación en sitios de la referida África sud-sahariana.

Uno de los puntos más interesantes sobre los cuales tienden a confluír parte de los ejemplos de negros y blancos es el de las opiniones sobre lo que ha quedado de los tiempos coloniales, como residuos negativos o como materiales positivos. Hay quien los denigra, recordando de ellos los aspectos más duros del trabajo forzado, el falso «paternalismo» impuesto y la estructuración de varios territorios no sobre lo humano, sino para producción de primeras materias. En el otro extremo no faltan intentos de defensa del «apartheid» (como la de Charles A. W. Manning). Una opinión africana que trata de ser intermedariamente objetiva es la de Tom Mboya, al reconocer que, sin duda, lo colonial ha tenido a la vez factores de creación y de distribución. De una parte ha sido estimado para los adelantos en la higiene, la educación, la formación profesional y el entrenamiento comunal de los africanos colonizados. Pero también ha hecho particiones que han destruido la unidad de los territorios y los grupos étnicos naturales. Solamente después de sus independencias han podido muchos países de África tropical emprender proyectos de desarrollos económicos y educativos que «sean plenamente conscientes». Aunque el éxito de tales esfuerzos dependen de que puedan coordinarse desde unos países a otros, gracias a concursos como el de la «Commission for Africa», en la O. N. U.

En cierto modo, lo mismo cuando las aplicaciones de los diferentes sistemas coloniales pudieron considerarse fracasos que cuando dejaron construcciones políticas sólidas, parece que una de las deducciones experimentales de conjunto es la de que para las creaciones nuevas hay que volverse a considerar lo que fueron los encuadramientos gubernativos o administrativos en las diversas colonias. Dentro de la recopilación de textos del libro *Africa Yesterday and Today* algunos autores afirman que la clase de «envolvimiento colonial» dentro de la cual haya surgido cada uno de los jóvenes Estados africanos (tropicales) ha contribuido para formar los peculiares caminos nacionales que cada uno haya tomado posteriormente.

Para todos esos nuevos Estados afronegros, y en general para los de los otros sectores, al Norte y al Sur del continente africano, hay ahora varias cuestiones fundamentales comunes; que se refieren a la realidad de que sus independencias fueron proclamadas o reanudadas, pero no han terminado de ser edificadas. Con el título de «Africa's unfinished struggle for Freedom», hace un estudio de conjunto Robert C. Good, en el *Boletín* del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Ese estudio sirve como epílogo, resumen y colofón al total de la antología publicada por los Bantam Books. Dice que el completamiento de sus luchas por la independencia, tiene para los países africanos cinco aspectos tan esenciales como simultáneos. Primero es el establecimiento de nuevas bases de relaciones con los antiguos poderes coloniales. Segundo, la creación del nuevo Estado. Tercero, la creación de un sistema de colaboración de Estados locales dentro de África independiente. Cuarto, la posición de las relaciones de África ante las pugnas de grandes potencias al Este y al Oeste. Quinto, el problema de la extensión de los derechos para las poblaciones del tercio meridional en África tropical.

RECENSIONES

Entre todos estos aspectos, los de los sectores primero y tercero se refieren más especialmente a los conjuntos de factores respecto a los cuales los Estados africanos pueden desempeñar papeles más activos en relación con su política internacional. En ambos es un hecho primordial la irónica paradoja de que las «independencias» oficialmente proclamadas y sostenidas ocasionan aumentos de las dependencias del exterior o las necesidades de aportaciones exteriores. Los programas de las articulaciones nacionales y los encuadramientos gubernativos, económicos, de enseñanza, etc., no pueden cumplirse sino recurriendo a la importación de técnicos y de materiales. Las mayores facilidades de reajustes articulados sobre los sistemas ya existentes (que eran los de los países europeos que fueron sus respectivas metrópolis) hacen que los nuevos Estados de África tropical encuentren las mayores ventajas en seguir esas pautas. Que por ejemplo consisten en importar ayuda técnica de Francia, Bélgica (o, incluso, el Canadá de Quebec), los de formación francesa, o de países de expresión inglesa, los que fueron británicos.

En las confederaciones totales o parciales, dentro del continente africano entero o de sus grandes conjuntos regionales, también se obtienen muchos de los mejores resultados cuando los enlaces parciales entre Estados y Estados se efectúan dentro de los mismos sistemas culturales y administrativos. Porque en estos años de aceleradas evoluciones entre un largo pasado inerte, y un presente demasiado acelerado, las grandes estructuras humanas naturales todavía no son las nacionales dentro de fronteras; ni las de los partidos políticos dentro de ideologías escritas, tanto como las de las supervivencias de los grupos raciales; las fraternidades de tribus; los expansionismos de clanes, y el recuerdo de los tiempos en que unos sectores étnicos absorbían a los otros por el terror. Es lo que primero el Congo en varias regiones, y recientemente Nigeria con el caso de Biafra han demostrado de maneras especialmente violentas. Sobre todo Nigeria, donde las estructuras federales de elaboración británica parecieron ser las mejores bases positivas para crear el mayor Estado de aquel sector africano-occidental.

Con todo ello, la más apremiante incógnita es la de saber si África negra posee medios comunes de fijación y estabilización en todas sus zonas. La pregunta es *What of the future?* Entre los factores de las respuestas se considera que uno de los fundamentales es encontrar el modo de que las poblaciones blancas arraigadas en tiempos coloniales no sean arrancadas (como en el Congo o Kenya), ni estén siempre encima, como en la Unión Sudafricana. Todos los nacidos al sur del Sájra pueden y deben juntar sus respectivas capacidades para un «orden total», en el cual no sólo hay que fundir a negros con blancos, sino a unos negros con otros.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

STEPHEN D. KERTESZ: *The Quest for Peace Through Diplomacy*. Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, N. J., 182 págs.

Termina este libro, que apenas podría ser otra cosa que una presentación a la vez que resumen del vasto y complicado panorama de las relaciones diplomáticas, con una nota que quiere ser a la vez de advertencia y esperanza: «A pesar de las dificultades que ofrecen las actividades internacionales en un mundo que se va contrayendo pero que se mantiene ideológicamente dividido, los intereses colectivos de la humanidad son abrumadores. Todas las naciones están interesadas en la supervivencia y el desarrollo pacífico. Ninguna nación es capaz de ofrecer seguridad para sí misma. Normas de vida más altas son una de las bases de la cooperación. La dignidad humana, la caridad y la

RECENSIONES

comprensión mutua son de lo más importante para la unidad del género humano. Las naciones necesitan el sueño de un mundo futuro más aún de lo que necesitan los atractivos de la era industrial...» Y así un par de párrafos más, para concluir con una cita de William Faulkner, sacada del discurso que pronunció en el momento de recibir el Premio Nobel de Literatura: «Renuncio a aceptar el fin del hombre... Creo que el hombre no sólo perdurará: ha de prevalecer. Es inmortal no sólo por ser único entre las criaturas en la posesión de una voz inagotable, sino por tener alma, un espíritu capaz de compasión y de sacrificio y de resistencia.»

Con tan altos y tan nobles objetivos y propósitos—justificaciones también—, ¿no valdrá la pena el esfuerzo de adaptación a un ambiente que ha sufrido grandes, alguna vez extraordinarias, alteraciones en cosa de unos pocos años? No hace falta hablar de la diferencia entre la diplomacia tradicional y la diplomacia moderna que pudo haber empezado con Woodrow Wilson y sus Catorce Puntos, el primero de los cuales habla de «Convenios de paz abiertos, a los que se ha llegado abiertamente, después de los cuales no habrá inteligencia internacional privada de ninguna clase, sino que la diplomacia ha de proceder siempre con franqueza y a la vista del público»; aunque la influencia real de esto pudo haber sido motivo de mucha exageración. De mucha mayor importancia—y trascendencia—ha sido la presencia de algo nuevo en el mundo de las relaciones internacionales y diplomáticas: el comunismo convertido en instrumento de gobierno en la sexta parte de la superficie del mundo, y las cosas que después fueron viniendo o se fueron multiplicando y ensanchando, como las Naciones Unidas y toda una cosecha generosa de organizaciones internacionales, junto con alianzas y pactos, entre los que sobresalen unos pocos, como la O. T. A. N. y la Comunidad Económica Europea.

Posiblemente el propio Wilson no se diese cuenta precisa de la significación histórica que podría tener la contradicción aparente que había entre su promesa solemne de que la diplomacia habría de proceder, a partir de entonces, siempre a la «vista del público», y el hecho, que recuerda el autor de este libro, de negociar en París, durante la conferencia de la paz que siguió a la terminación de la primera guerra mundial, a «puertas cerradas y guardadas por soldados de la Infantería de Marina (norteamericana)».

Pero cuando Wilson llegó a París ya estaban los comunistas en el poder, en Moscú, y el comunismo como forma de gobierno trajo consigo dificultades y complicaciones, y con frecuencia la necesidad de amoldarse a una situación en realidad nueva. Pero por sí con esto no bastase, se fueron produciendo otros cambios, de tal modo que, como advierte Kertesz, pudiera decirse que «si el comienzo hubiese desaparecido de la noche a la mañana, los problemas internacionales del mundo contemporáneo no dejarían de ser motivo de perplejidad. Las equivocaciones políticas occidentales y comunistas han tenido a menudo origen en la falta de comprensión del poder de nuevas fuerzas políticas y sociales en este mundo cambiante. Los dirigentes políticos occidentales sienten la tentación de echar la culpa de los fracasos occidentales a las maquinaciones comunistas. Tales puntos de vista dan al comunismo una fuerza mucho mayor que la que tiene y ponen en evidencia a sus dirigentes como más astutos de lo que son...»

Es irresistible la conclusión de que, si por causa de esto se ha podido desembocar en un estado de cosas francamente indeseable, mucha de la responsabilidad es de la competencia exclusiva de una gran nación para la que hasta tiempos recientes—incluso en tiempos recientes también—la política internacional ha sido mucho menos importante que la nacional; de la nación en que tanto «los políticos como el público consideraron la diplomacia como algo sospechoso». Añade Kertesz: «El Gobierno norteamericano concentró la atención en los problemas internos. Muchas veces contempló los conflictos internacionales

como cuestiones de derecho y les hizo frente a esa actitud. La protección de ciudadanos y propiedad norteamericanos en el extranjero fue una gran preocupación de la diplomacia norteamericana. Las consideraciones legales y morales a menudo influenciaron el pensamiento norteamericano y sus acciones en la política internacional. De acuerdo con Hans Morgenthau (profesor de la Universidad de Chicago):

«La ilusión de que una nación puede escaparse, si quiere, de la política del poder para refugiarse en un reino en el que la acción está guiada por los principios morales más bien que las consideraciones del poder está profundamente enraizada en la mente norteamericana.»

Entre las muchas, altamente provocativas y estimulantes, cosas dignas de llamar la atención, está la diferencia, el abismo más bien, que separa al mundo de hoy, al que más de una vez se ha pensado en considerar, por lo menos para una porción importante, como de *Pax Americana*, del de hace no tanto tiempo todavía, que dio lugar a que se hablase de la *Pax Britannica* en un sentido muy parecido a como en tiempos clásicos se pudo haber hablado de la *Pax Romana*. De una *Pax Britannica* que hizo más que dominar las olas, porque «introdujo el buen gobierno en muchas regiones y mantuvo contingentes militares sorprendentemente reducidos en varias partes de su Imperio».

En contraste llamativo con los grandes y poderosos contingentes militares que mantienen los Estados Unidos en porciones del mundo exterior que no aparecen clasificadas como «partes de su Imperio». Pero que son, sin duda, una de las causas o razones que hacen tan variada, tan difícil y, alguna vez, tan extraña, incluso la función diplomática. No porque se sienta la necesidad de volver la mirada hacia atrás para una contemplación embelesada. («El fracaso de la diplomacia tradicional en 1914 fue una gran causa inmediata del comienzo de una de las guerras más irracionales de la Historia, que a su vez provocó una serie de acontecimientos catastróficos y transformaciones fundamentales en las relaciones internacionales. El comentario profético de sir Edward Grey —"Las luces se apagan en toda Europa; no las veremos encender otra vez en lo que nos queda de vida"—estaba justificada. Un siglo de esperanza había concluido»). Sino por sentir mucha incomodidad, angustia quizá, al contemplar hechos y situaciones que bien pudieran no haberse dado de haber sido más realista y menos dogmática, más práctica y menos idealista la actitud con que se quiso hacer frente a un estado de cosas que no parecía ser especialmente agradable.

La «atmósfera política cambió radicalmente en 1917, y a partir de entonces los factores políticamente revolucionarios influenciaron la política exterior de algunos de los grandes contendientes. Los acontecimientos desbordaron el marco de la diplomacia y los estadistas perdieron el control».

No era fácil la adaptación a un ambiente de tal modo alterado. Más fácil, y acaso hasta más natural, era caer en exageraciones y genialidades como cuando Harold Nicolson calificó de «formidable, perturbadora, compulsiva» la actividad de los diplomáticos soviéticos en países extranjeros y en conferencias internacionales, para afirmar: «Pero eso no es diplomacia: es alguna otra cosa.» O como cuando Joseph E. Davies, embajador de los Estados Unidos en Moscú, escribió sobre Stalin para decir que sus ojos eran extremadamente bondadosos y dulces. Un niño (querría) sentarse en sus rodillas y un perro situarse a su lado».

Situaciones anecdóticas aparte, lo que acaso merezca llamar la atención es el cambio que se ha producido en el ambiente mucho más que en la diplomacia o en la manera de hacerla. «Hay—observa Kertesz—zonas crepusculares entre los encuentros en la cumbre y la diplomacia personal de los grandes estadistas. Bismarck y Cavour, no menos que Disraeli y Churchill, dirigió cada uno la

política exterior de su país y llegó a decisiones cruciales. No sentía repugnancia a negociar directamente con estadistas extranjeros de comparable poder. La diplomacia personal fue practicada por muchos reyes y emperadores. Alejandro el Grande, Julio César, Carlomagno, Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia, Federico el Grande y Napoleón Bonaparte negociaron personalmente con gobernantes extranjeros. Tales reuniones en la cumbre decidieron alguna vez la suerte de Europa. La reunión de Napoleón con Alejandro I, zar de Rusia, resultó en el Tratado de Tilsit, un acuerdo que en algunos aspectos fue similar al Pacto nazi-soviético de agosto de 1939, pues en aquel Tratado dividió Europa entre Francia y Rusia. Las tropas francesas y alemanas invadieron Rusia en 1812 y 1941, respectivamente, y estas invasiones desembocaron en las derrotas de Napoleón y Hitler...»

Si el papel del diplomático tradicional, el embajador, ha perdido alguna —a veces, mucha—de la importancia que ha solido tener, como parece evidente, esto apenas justificaría la conclusión de que también la diplomacia ha perdido, por tanto, importancia. Acaso fuese más razonable hablar de una importancia que no ha dejado de aumentar. A tiempo que se ha ido diversificando y sufriendo cambios de otras clases, posiblemente transitorios y circunstanciales, quizá permanentes.

Por un lado está la tendencia, especialmente llamativa en algunos periódicos de singular dinamismo, en los ministros de Asuntos Exteriores y hasta en los jefes de Gobierno a establecer un contacto directo y hasta exclusivo con algunos problemas de indudable importancia. Por el otro está el enorme desarrollo de organizaciones y acuerdos internacionales, que han alterado el carácter de la diplomacia y han mermado con frecuencia atribuciones tradicionalmente monopolizadas por los embajadores y los propios ministros de Asuntos Exteriores. En la C. E. E. se están perfilando cambios y alteraciones susceptibles de influir de una manera decisiva en la función y atribuciones de los embajadores de los países miembros en las capitales de otros países miembros. Y no han faltado momentos en que la O. T. A. N. acaso sintiese la tentación de ignorar por completo la existencia de los embajadores de los países que la forman. Esto no quiere decir que la diplomacia ha perdido terreno. Quiere decir, sencillamente, que se han producido cambios que han introducido en ella alteraciones de mucha importancia.

En fin de cuentas, donde hay negociaciones, consultas, acuerdos, hay campo de acción para la diplomacia. Y en todo esto, la actividad ha aumentado, y todo hace pensar en que seguirá haciéndolo.

JAIME MENENDEZ

ROGER PÉLISSIER: *De la Révolution chinoise*. París, Julliard, 1967, 316 págs.

En 1949, E. Snow escribía en un periódico americano: «China se convertirá en la primera potencia comunista liberada de Moscú. Y esto hace aparecer perspectivas enteramente nuevas, tanto para el campo socialista como para el otro.» Pues bien: esa eventualidad de ayer es hoy una realidad.

¿Cómo comprender tal realidad? Una respuesta a esta cuestión es el libro que reseñamos aquí. Ella se debe a un estudioso del mundo chino. En 1963 publicaba *La Chine entre en scène*, donde se recogía—etapa por etapa—la evolución política de China en el período 1839-1949. Y en 1965-1966 aparecían los cuatro tomos de su *Le troisième géant: la Chine*.

RECENSIONES

En la presente ocasión, Pélissier comienza por estudiar *El Imperio del medio*, que se ve, más que como una nación, como una civilización portadora de un mensaje susceptible de ser recibido por todos los hombres. Y punto clave en esa China es la singularidad de que para ella no hubiera más Estados que los tributarios y el hecho de que hasta la noción misma de Estado soberano con capacidad para tratar en pie de igualdad con ella le resultaba extranjera. Acerca de este último extremo, es de recordar cómo la Administración china—tan compleja—desconocía la existencia de un Ministerio de Asuntos Exteriores.

En suma, tal Imperio se configura a base de los siguientes elementos: una filosofía global (la vía confuciana); una doctrina política y social oficial (ortodoxia confuciana); una sociedad compartimentada y encuadrada, y una sociedad agrícola.

El segundo capítulo se consagra a las etapas de la adaptación de China al mundo exterior. En esencia, se trata de la salida brutal del mundo chino de su aislamiento—varias veces milenario—, a mediados del siglo XIX, en los momentos en que la expansión de un mundo occidental industrializado alcanzaba el Pacífico. Con una consecuencia: en medio siglo, China va a pasar al control de las potencias occidentales y de un Japón rápidamente industrializado, ante la inferioridad militar y técnica de los chinos. En este sentido, se estudian: 1) La fase de la dialéctica de controlar a los bárbaros (con la resistencia china a la creación de un verdadero Ministerio de Asuntos Exteriores: toda una filosofía del aislamiento, de evitar el contacto con el mundo exterior). 2) La política de «aprender la tecnología superior de los bárbaros para controlarlos» (idea del caparazón militar a lo occidental para asegurar la protección de la civilización tradicional). 3) El estadio de las reformas más profundas, originado por el fracaso de la política designada bajo el número 2. Y el tiempo de las reformas (vid., pp. 36 y ss.) lleva a Sun Yat-sen (pp. 41-45), tipo de hombre nuevo revolucionario, que no pertenece a ninguna de las categorías de la China confucista, etc.

En el tercer capítulo, sobre *La Revolución china*, se habla: a) del fin del reformismo, con un trasfondo de parasitismo de los «señores de la guerra», de excepcional gravedad de la amenaza nipona, de abandono de China en Versalles y, por ende, del despertar de la conciencia de la nación china; b) del sunyatsnismo; c) de los fallos del Kuomintang (el fundamental: el no intentar el apoyo de las masas campesinas); d) de la Revolución maoísta (cuyas características se analizan en pp. 64-82), convirtiendo a Pekín en una nueva rama del comunismo, la cual propone la vía china a las sociedades preindustriales (página 81).

Un corto capítulo se refiere a *China y el mundo*. Es el problema de la integración de China en la sociedad internacional, y que está por plantearse realísta y por resolver.

* * *

Lo cierto es que pocos acontecimientos han suscitado tantos puntos de interrogación, tantos comentarios como la realidad de la Revolución china (desde ¿encarnación del chauvinismo de una gran potencia? hasta ¿Revolución modelo para el tercer mundo?). En resumen, la pregunta máxima es ésta: ¿ante el mundo chino actual estamos ante algo impenetrable o, simplemente, ante algo desconocido? Una contestación a tal interrogación puede llegarnos de los mismos chinos, de todos los chinos que han encarnado el destino de China. Es lo que intenta hacer M. Pélissier con una selección de textos—a lo largo de una buena parte del libro comentado: más de 200 páginas—encaminados a trazar,

RECENSIONES

sobre los puntos esenciales, la evolución general del pensamiento y del comportamiento chino en el curso de los últimos cien años.

En tal ruta se ofrecen tres tipos de textos: textos doctrinales procedentes de hombres de Estado o de eminentes personalidades de China; textos oficiales (en constituciones, leyes, etc.); textos de sinólogos.

Por lo demás, dichos textos se agrupan en tres grandes apartados: *China* (o de la civilización china a la nación china); *los hombres* (o la inserción de los chinos en la nación china), y *las riquezas* (o la entrada de China en la era técnica). En el primer apartado se engloban las cuestiones de las fronteras de China, de la civilización china, de la adopción de las ideas extranjeras, del lugar de China en el mundo. En el segundo, van los temas referentes a la familia (piedad filial, condición de la mujer, etc.), de la sociedad (de la libertad individual, etc.). Y en el tercero desfila la problemática del reparto y del control de las riquezas, de la modernización, de las clases sociales.

Los textos van acompañados de concisas explicaciones del autor, que nos introduce en las líneas cumbre de la cuestión.

Interesante labor la de R. Péliissier. La lectura de los documentos compilados es apasionante de verdad, y aleccionadora. Por ejemplo, el lector se encuentra con circunstancias tan elocuentes como las siguientes: 1) A mediados de los años veinte, Sun Yat-sen decía que «China es la primera nación civilizada del mundo». O esto: *En otros tiempos, «China era la primera potencia del mundo»*. 2) En 1930, Mao Tse-tung se expresaba así: «Nuestra China es uno de los países mayores del mundo.» 3) En 1943, Chiang Kai-shek sostenía: «Ninguna de las grandes potencias occidentales puede igualar, en su historia, la gloria y la extensión de los conocimientos de la China antigua.» 4) Parejamente, en tal ambiente, no sorprenderá que Liu Shao-chi afirmase en 1939: «El Partido comunista chino es uno de los mejores Partidos comunistas del mundo.» ¡Qué cúmulo de coincidencias sobre una posición de orgullo nacional, y—lo trascendente—desde campos políticos bien distintos! (Explicación de muchas cosas.) Para algunos, seguramente, un descubrimiento. No, desde luego, para los que —con mejor o peor fortuna, pero con auténtico talento universitario—nos venimos ocupando del fenómeno chino desde mucho antes de la ruptura del Eje Moscú-Pekín.

El volumen lleva una tabla de fuentes, extendida sobre once páginas y comprendiendo las referencias a 203 citas. En tal tabla, nos encontramos muchas veces—como es lógico—con las citas de Mao Tse-tung. Pero también con nombres como los asimismo mentados Sun Yat-sen, Chiang Kai-shek y Liu Shao-chi, y con los de especialistas tan conocidos como Schram, Cuvreur, Brandt, Schwartz y Fairbank. Aparte de la mención de códigos y leyes de China.

Termina el libro con un índice de los autores citados, etc. (cuatro páginas).

* * *

En fin, si—como acabamos de leer en los *Cahiers Universitaires Catholiques* (1968, p. 421)—ya no es posible continuar ignorando, o casi ignorando, a China, resulta innegable que esta obra ha de contribuir a hacer frente a las exigencias que tan acuciante situación supone.

LEANDRO RUBIO GARCIA

ABDALLAH LAROUÏ: *L'idéologie arabe contemporaine*. François Maspero, éditeur. Paris V, 220 págs.

Una de las realidades internacionales más constantes, destacadas y actuales, es la que los temas políticos mundiales referentes a los países del conjunto árabe, o relacionados con ellos, suelen tratarse casi siempre en función de las influencias que sobre sus problemas ejercen las posiciones de las grandes potencias. Esto quiere decir que la evolución general y las trayectorias nacionales de los Estados y los pueblos que se sienten unidos por el sistema de la Liga de El Cairo, quedan casi siempre soslayados en la mayor parte de los órganos extranjeros de información, donde las influencias de las grandes potencias se presentan como determinantes (aunque gran parte de las veces sólo sean posibilidades). En realidad, el grupo de los países de idiomas y formación árabes viene siguiendo, desde los comienzos del siglo corriente, unas líneas cardinales propias; líneas que no siempre pueden ser continuas cuando se interfieren las acciones ajenas, pero que procuran reanudar sus rumbos siempre en sentido parecido.

El error de que los temas árabes se traten con criterios extraños a sus realidades humanas y políticas regionales procede en gran parte del hecho de que los países árabes o arabizados ocupan la mayor parte de los sectores del Cercano Oriente, casi toda África Mediterránea; es decir, una doble zona de confluencias de los entrecruces y las presiones marítimas y continentales del mundo. Pero también es cierto que los sistemas de las oposiciones y las reconstrucciones político-sociales de los pueblos de mentalidad árabe que se han visto (o se ven aún) apretados por las ocupaciones más o menos coloniales, se han hecho y rehecho siguiendo las normas de dichas ocupaciones. A veces ha podido decirse que los efectos de las acciones de las potencias europeas y casi-europeas sobre el Cercano Oriente, antes y después de las dos guerras mundiales, han sido contraproducentes porque introducían sistemas de acción y tecnologías que podían facilitar las modernizaciones de los pueblos, pero los ponían al servicio de oligarquías diversas, tanto colonialistas como locales. De todos modos las ideologías árabes tradicionales han tenido que modificarse utilizando procedimientos procedentes de las mismas colonizaciones.

La determinación de los cardinales de la ideología árabe contemporánea resulta, por tanto, absolutamente indispensable para ir comprendiendo los rumbos en curso de los principales episodios políticos internacionales en los países escalonados entre Marruecos y el Sur de Arabia. Los estudiosos de los países de lenguas neolatinas tienen ahora para esto un utilísimo resumen en el reciente libro de Abdallah Laroui. Su autor es un joven marroquí graduado en Francia y actualmente profesor en la Facultad de Letras de Rabat. El propósito principal de su libro es el de mostrar cómo en la continuidad histórica del arabismo presente actúan varios valores que tienden a imponer los métodos sobre los sistemas y lo colectivo sobre lo individual.

El famoso orientalista parisién, Maxime Rodinson, que hace la presentación de este libro del definidor marroquí, comienza por decir que se trata de «un livre remarquable par sa lucidité et son honnêteté», y que dado su gran valor de orientación asombrará que no hubiese sido escrito antes, pues toda la evolución internacional en los sectores del mundo árabe exigía algo de este género. Rodinson subraya, por otra parte, que Abdallah Laroui conoce con el mismo detenimiento la historia ideológica moderna del mundo árabe y los métodos del análisis objetivo que han sido elaborados en Europa occidental. Así ha podido escribir con la máxima serenidad para someter los más importantes problemas de un universo político-cultural, al cual él mismo pertenece, a las

técnicas de un examen fríamente racional. Esto no quiere decir que su examen de los hechos árabes sea indiferente, pues Abdallah Laroui se siente vinculado personalmente con las materias que analiza. Pero Rodinson comenta que «el análisis es válido cuando la pasión aparece puesta entre paréntesis»; es decir, orientando pero no exigiendo.

El eje, la clave o el *lei-motiv* de la referida obra viene a ser lo político internacional, a pesar de que no se trate en referencias especiales. En realidad, el arabismo internacionalista, el panarabismo de los Estados, el llamado «mundo árabe» como conjunto de pueblos, y la arabidad («*Urubah*») como sistema de vínculos culturales constituyen uno de los núcleos más compactos y característicos de algo que multiplica y profundiza los hechos plurirracionales, precisamente cuando los concentra sobre las modalidades regionales. Los países que participan en el arabismo están viviendo constantemente empujados por varias simultaneidades de problemas que tienden a unas vinculaciones de destino. Así ocurre con las actividades de la Liga Árabe en El Cairo, con las repercusiones de la presencia de Israel y la guerra de Palestina entre 1967, las cuestiones del petróleo, las de la navegación en el Mar Rojo y el Golfo Pérsico, los esfuerzos de descolonización, el socialismo árabe, etc.... La acumulación y aceleración de tantos problemas hace que no puedan comprenderse sin una orientación metodológica e ideológica, para la cual es muy útil el libro de Laroui.

El tratadista político de Rabat dice que el hecho principal que le sirvió como punto de partida para su investigación fue el de ver que los pueblos de expresión y mentalidad árabes llevan casi tres cuartos de siglo buscando varios encuadramientos, tanto respecto a su propio pasado como a su papel inmediato dentro de lo universal. Están empeñados no sólo en valorar sus propios hechos y sus propias posibilidades, sino en encontrar normas más adecuadas para los unos y las otras.

El libro de Abdallah Laroui tiene cuatro partes escalonadas, que se van titulando: «Los árabes y la autenticidad», «Los árabes y la continuidad», «Los árabes y la razón universal», «Los árabes y la expresión». Las cuatro tienden a colocar las formas de estudio del arabismo internacional en su orden natural y lógico. Hasta ahora los tratadistas extranjeros habían analizado las actuaciones políticas de los árabes partiendo del estudio de sus estructuras sociales; pero Laroui invierte los papeles y comienza por la ideología, pues aunque se refiera a estructuras sociales éstas no son tanto las de la sociedad árabe como las exteriores sobrepuestas sobre las árabes.

La ideología árabe moderna es algo estructurado y homogéneo que desempeña un papel primordial como guía de la práctica, y a la vez presenta el contraste de que se mueve para revalorizar los factores arábigos tradicionales, pero «emprendiendo por su cuenta un movimiento análogo al de la conciencia occidental». Como la moderna ideología árabe nació bajo el Estado colonial y el Estado liberal, comenzó por interpretar lo que hacía «el otro». Los Estados nacionales árabes independientes arrastran aún esta situación, puesto que comenzaron como reconstrucciones frente a la colonización, pero lo hicieron copiando sus métodos. Así, no es extraño que la ideología árabe está a la vez en adelanto por inventar modelos y en retraso por buscar algunos de esos modelos en formas superadas por los países de Occidente. Sin embargo, las más jóvenes generaciones de los países árabes ya no se conformaron con «reintegrar le fait accompli par autrui». Y tratan de actuar con originalidad, adelantándose respecto a dos sectores: el de la sociedad árabe que quieren transformar y el de la sociedad occidental que le sirve de referencia.

Al final, Abdallah Laroui considera como punto esencial el de que Occidente, a pesar de su avance técnico creciente, no llega a fundar la antropología que dice ser su mayor deseo, e incluso está perdiendo los valores de su pasada

RECENSIONES

conciencia crítica. Ahora que los árabes están llegando al terreno de una conciencia crítica unitaria propia, van a encontrarse al mismo nivel en que Europa y sus extensiones están empantanadas desde fines del siglo XIX. Por primera vez las dos conciencias, arábiga y europea, podrán entablar un diálogo al mismo nivel y volverán a ser dialécticas. Al menos Laroui, después de haber mostrado con rigor todo lo que las separa, trata de hacer entrever todo lo que pueda unir.

No puede dejar de citarse el antecedente curioso de que el libro de Abdallah Laroui nació concretamente de una reflexión previa sobre una situación nacional particular: la situación política y cultural del Marruecos de hoy. Pero para comprenderla exactamente tuvo que partir de la problemática que los intelectuales del Magreb utilizan y que es la misma de los países árabes del Mediterráneo Oriental. Aunque, al partir de lo local para ir llegando luego a lo más general, no ha quedado reducido al campo de estudios. Por el contrario, se ha ampliado al quedar concretado en sus factores menos episódicos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

JOSEPH FRANKEL: *The Making of Foreign Policy*. 231 págs. Oxford University Press. Londres, 1967.

Para quien haya seguido con algún interés especializado el desarrollo de negociaciones como las que terminaron en la aprobación y firma del tratado de no proliferación de las armas nucleares o algo en apariencia tan sencillo como la guerra del Vietnam, no será especialmente difícil comprender a Lester Pearson, el ex primer ministro y ex ministro de Asuntos Exteriores del Canadá, cuando dijo que «la unidad efectiva de la política exterior y la estrategia ya no es la nación-Estado, no importa lo grande que sea, sino una coalición de semejantes Estados...»

Si no la esencia misma, la orientación general al menos de la política exterior ha podido sufrir un gran cambio en el curso de unos pocos años. En la experiencia de una vida está el campo de observación que hace posible no sólo comprender, sino comprobar que, como añade Pearson, diplomático, estadista y premio Nobel de la paz, «las grandes cuestiones de la diplomacia habían sido durante varios siglos para el Occidente reflexiones de las relaciones cambiantes entre los distintos Estados de Europa. Hoy, los problemas de mayor alcance ya no surgen entre las naciones dentro de una sola civilización, sino entre las civilizaciones mismas».

Apenas concluida la frase inicial de un intento de definición—«La política exterior consiste de decisiones y acciones que llevan envueltas hasta cierta extensión apreciable de las relaciones entre un Estado y otros—se abre un panorama tan ancho como el de las posibilidades de intervención o las complicaciones en torno de situaciones y cosas con las que una nación individual, a veces hasta un grupo de naciones, ha tenido en realidad poco o nada que ver. Cuando Colombia o Turquía respondieron de una manera práctica y efectiva al llamamiento de las Naciones Unidas hecho en ayuda de la Corea del Sur, que había sido víctima de la agresión, la situación a que se había llegado ¿no salía claramente del marco tradicional de las relaciones internacionales?

Todo aparece vastamente complicado y modificado. En el prefacio de esta obra, que se presenta como un «análisis de la toma de decisiones», advierte su autor que cuando el escenario de la política mundial no iba más allá de Europa y el resto de los continentes no eran más que periferias sin importancia, cuando el número de los Estados era limitado y la palabra impresa no había

RECENSIONES

alcanzado el volumen que ahora tiene, a «una mente enciclopédica le sería posible construir un cuadro de la política mundial con ayuda de estudios históricos detallados. Hoy, cuando el globo en su totalidad forma un campo de actividad, cuando el número de unidades ha rebasado el centenar y cuando la acumulación de conocimientos atraganta los canales de comunicación, el conocimiento enciclopédico es imposible».

Sólo en términos relativos se podría hablar, incluso desde un punto de vista histórico, de la libertad de decisión en materia de relaciones internacionales. Es enorme, fundamental, sin embargo, la diferencia entre el pasado, con sus alianzas y sus «ententes», y el presente, con lo que parece ser la tendencia irresistible hacia los bloques, las coaliciones y hasta las civilizaciones. Aunque es evidente, también por este lado se podría caer en la exageración sin grandes dificultades. Porque todos los Estados retienen, dice Joseph Frankel, lo que puede ser llamada «la alternativa suicida». Los checos «la tuvieron en 1938, cuando pudieron haber resistido las presiones a que se vieron sometidos y hubieran podido incluso, al hacer una invitación del desastre, salvarse a sí mismos. Incluso hoy, dentro de las esferas de influencia de las grandes potencias, donde una política inaceptable para éstas es claramente peligrosa», se han dado situaciones de esa clase con variable éxito, en Yugoslavia en 1948, en Guatemala en 1954, en Hungría y Polonia en 1956 y en Cuba en 1960.

Se podría, es más, especular al menos con la posibilidad, quizá hasta la realidad, de que dentro de la órbita de acción de las propias grandes potencias, en teoría irresistible, asoma la perspectiva de la perturbación, quizá hasta de la anarquía. En alguna ocasión ha podido producirse incluso la impresión de que dentro de esa misma órbita podrían originarse perturbaciones no sólo capaces de producir serias dislocaciones, sino llegar a influir decisivamente sobre la naturaleza y la orientación de esa influencia. Durante algunos años no sólo el doctor Adenauer tuvo una participación decisiva en la formación de la política interna y externa de un país sometido a régimen de ocupación primero y con limitaciones no sólo teóricas a su soberanía más tarde, sino que pudo estar justificada la impresión de que no faltaron momentos en que pareció ejercer una influencia acusada, acaso hasta decisiva, en aspectos determinados de la política exterior de los Estados Unidos.

Algo parecido se podría decir, aunque la situación no haya alcanzado todavía el mismo grado de claridad, en cuanto a la influencia que la Alemania Oriental parece ejercer sobre aspectos importantes de la política exterior de la Unión Soviética.

Más de una vez, en política exterior como en tantas cosas, entran en juego, en ocasiones de manera decisiva, factores e influencias de naturaleza y circunstancias sorprendentes. Cualquiera que sea la importancia de un ministro de Asuntos Exteriores en la tarea de formular y desarrollar una política exterior, y, sobre todo de tomar decisiones, se podría esperar que existiese una colaboración constante con el jefe del Gobierno respectivo, pero no sólo han sido relativamente frecuentes, a veces en circunstancias excepcionalmente críticas, los casos de falta de comprensión—incluso de comunicación—entre un primer ministro y su ministro de Asuntos Exteriores, sino que se ha podido llegar al punto en que un jefe de Gobierno se hubiese valido de agentes personales para, a través de ellos, desarrollar ciertos aspectos de una política exterior sin tener en cuenta para nada al ministro de Asuntos Exteriores y para llegar en ocasiones a minar, incluso, la política oficial desarrollada por éste. Recuerda Mr. Frankel el papel que jugaron ciertos agentes especiales de un primer ministro o de un presidente, como Philip Kerr (lord Lothian años más tarde), con Lloyd George, el coronel House con Woodrow Wilson, sir Horace Wilson con Neville Chamberlain y Harry Hopkins con el presidente Roosevelt.

En materia de decisiones, no menos que de la dirección de una política exterior, es notoria la tendencia a las complicaciones o a la diversidad, o a la intrusión de factores que pueden ser radicalmente nuevos y tener, es más, una importancia capital. Basta tener en cuenta esta observación: «La política exterior no corre a cargo de la diplomacia exclusivamente; descansa pesadamente en las fuerzas militares y en los hombres de ciencia que ponen a su alcance las armas más modernas, el potencial económico y, especialmente hoy, también los servicios de información y propaganda».

En el estado de cosas a que se ha llegado, ¿quién podría estar seguro de que una decisión ha sido tomada en realidad por la persona o personas que aparecen como las verdaderas responsables de ello? Se cita aquí un testimonio extraordinario, quizá irrefutable, de la obra de Sir Charles Snow, *Science and Government*. Dice: «Una de las características más extrañas de toda sociedad industrialmente avanzada de nuestro tiempo es que las elecciones cardinales han de ser hechas por un puñado de hombres: en secreto y, por lo menos en forma legal, por hombres que no pueden tener un conocimiento de primera mano de lo que esas elecciones dependen o de los resultados que pueden tener.»

En un sentido positivo o negativo. «Los principales hombres de ciencia alemanes—recuerda Frankel—, Heisenberg, Weizsaecker y Houtermans, deliberadamente se abstuvieron del desarrollo de las armas nucleares para evitar ponerlas a disposición de Hitler, si bien su decisión fue completamente desconocida de los hombres de ciencia de los Estados Unidos.» Y, en fin, ¿de quién fue la decisión de soltar la bomba atómica que destruyó la ciudad de Hiroshima? ¿Del presidente Truman, que según la ley era la única persona que podría tomar, en los Estados Unidos, semejante decisión? Como recuerda Frankel, Truman llegó a la Presidencia sólo unos meses antes, sin tener conocimiento siquiera de la existencia del llamado Proyecto Manhattan, bajo la dirección del general Leslie Groves. En una situación así, se pregunta el autor de *The Making of Foreign Policy*, ¿qué podría hacer sino seguir el consejo que se le diese? Recoge Mr. Frankel lo que sobre una cuestión fundamental dijo Robert Jungk en su *Brighter than a Thousand Suns*. El propio general Grover observó que «Truman no llegó a decir "sí" como no llegó a decir "no". Se hubiera necesitado mucho nervio para decir "no" en aquellas circunstancias».

¿Qué se quiere decir? ¿Que las decisiones se toman, en realidad, a espaldas de la opinión pública? Este aspecto de la cuestión ha sido debatido largamente en los Estados Unidos. Para llegar, alguna que otra vez, a conclusiones sorprendentes. Como algunas de las que apuntalan la argumentación de Joseph Frankel. Como la de Walter Lippmann, por ejemplo. «La triste verdad—dice— es que la prevaleciente opinión pública ha sido destructivamente equivocada en coyunturas críticas.» Llama Frankel la atención a lo que para Lippmann es una debilidad especial de la opinión pública, una inclinación invariable hacia lo que llama «las opciones blandas, forzando así a los gobiernos a agrandar a la masa electoral». Llega a la conclusión de que Jefferson tenía razón al sostener que el pueblo sólo puede aprobar y desaprobar el funcionamiento y designar a la persona que ha de ejercer el gobierno, pero no puede, en la práctica, ser él quien lo haga. «Donde la masa de la opinión domina al Gobierno se produce—añade Lippmann— un desquiciamiento mórbido de las verdaderas funciones del Gobierno.» Frankel comenta que es incluso posible llevar esta desconfianza hasta el punto de hablar de la necesidad de retener una información decisiva. Así, George F. Kennan declaró con franqueza que de haber conocido el pueblo norteamericano la situación que existía poco antes de la desaparición total del monopolio nuclear ejercido por los Estados Unidos, seguramente hubiera hecho «algunas cosas espantosas», hasta embarcarse (son estas palabras de Frankel) posiblemente, en una guerra preventiva.

JACINTO MERCADAL.

RECENSIONES

RICHARD ALLEN: *Malaysia. Prospect & Retrospect*. London, Oxford University Press, 1968. 330 págs., 3 mapas.

Constituye una obra interesante para conocer el desarrollo reciente de una de las más vigorosas naciones nuevas de Asia, un país multirracial que se está enfrentando a crisis de la mayor gravedad. El autor—que fue embajador británico en Birmania durante los años 1956 a 1962 y que, desde entonces, viene actuando como profesor visitante de Historia en los Estados Unidos—posee la experiencia suficiente para estudiar la cuestión con la solvencia necesaria. Aborda el tema propio de la obra trazando un preciso esquema de la evolución de la Gran Bretaña, como potencia imperial, en el Sudeste asiático, aunque refiriéndose particularmente a Malaya, Singapur, norte de Borneo e Indonesia, desde 1945. Para redactar la presente obra, Richard Allen permaneció durante un año en Malasia, así como en Singapur e Indonesia, recopilando las informaciones y materiales en que se basa esta obra, en la que no aborda los aspectos más especializados del tema en su deseo de conseguir un enfoque general del mismo. Después de trazar un sustancioso resumen de la expansión colonial de las diversas potencias europeas en aquella región a partir de 1500, resumen en el que destaca una escrupulosa objetividad, el autor estudia la expansión europea en Malaya. El cuerpo principal de la obra lo constituyen los acontecimientos iniciados con la segunda guerra mundial: ocupación japonesa y subsiguiente fortalecimiento de la ideología nacionalista, en íntima conexión, en ocasiones, con la comunista por el papel de la «Rusia Soviética como potencia mundial de primer rango y vociferante enemiga del colonialismo». Ya, desde entonces, se advierte que «a despecho de sus vínculos raciales, existen amplias divergencias entre Indonesia y Malaya» que, más tarde, culminarán de forma espectacular en la sangrienta «confrontación» decretada por el presidente Sukarno, en la isla de Borneo y en los estrechos de Malaca. También ese fortalecimiento del comunismo aliado al nacionalismo malayo determinó que los comunistas se alzaran en armas para conquistar el poder, lo que motivó que, cuatro meses después de proclamada la Federación Malaya, tuviera que declararse el estado de emergencia comenzando una lucha que aún sigue en nuestros días. «Poco más de un año después de que estallase la lucha de la postguerra, los guerrilleros de las junglas malayas vieron el triunfo comunista en China, la tierra de su propio pueblo. Para ellos, el aliento y el apoyo potencial de la más poblada nación asiática presagiaba un triunfo similar en Malaya.» Este capítulo dedicado a la «Emergencia» establece con suma precisión los factores que han contribuido a mantener en estado crónico el alzamiento guerrillero, si bien su fuerza haya decaído notablemente en los últimos años, confirmando esencialmente la impresión del autor de que «la independencia de Malaya era el elemento vital necesario para la derrota final de la subversión comunista». El segundo conflicto, «la confrontación con Indonesia», surge al transmutarse la Federación de Malaya en Federación de Malasia con la adscripción de los territorios coloniales británicos del norte de Borneo (Sarawak y Sabah). «La Indonesia del presidente Sukarno aspiraba a un estatuto de gran potencia, al tener una población mayor que la del Japón y la pretensión de ejercer hegemonía sobre el Sudeste asiático», por lo cual «de la actitud que el presidente Sukarno manifestaba respecto a Malaya era fácil predecir que se opondría a cualquier aumento de su tamaño y poder». La génesis y desarrollo de este conflicto, hasta su resolución final por el general Suharto, se exponen por el autor en varios capítulos sustanciosos. Finalmente queda esbozado el último pleito, que ha adquirido en los últimos meses inusitada gra-

RECENSIONES

vedad, que se refiere a la reclamación filipina sobre Sabah expuesta por Manila a las autoridades británicas antes de la transferencia de dicho Estado a la Federación, sin que Londres diese oídos a tal reivindicación. En este aspecto, opinamos que Richard Allen adopta una actitud un tanto parcial en detrimento de los argumentos de Manila. «Los españoles, habiendo conquistado el Sultanato de Sulu, reclamaron todos los territorios que habían estado sujetos a él. Fueron, no obstante, persuadidos de abandonar sus reclamaciones sobre Borneo en 1885 en correspondencia al reconocimiento británico de la soberanía española sobre el archipiélago Sulu.» Entre las fuentes consultadas por el autor no menciona una especialmente valiosa: *Philippine Claim to North Borneo*, editada en 1963 por la Secretaría de Asuntos Exteriores filipina, donde se incluyen una serie de documentos, procedentes muchos de ellos de los archivos españoles, que contradicen seriamente esta tesis y que, en último término, parecen demostrar que Sabah sólo fue «arrendado» por el Sultán a Overbeck y Dent. Este reparo fundamental—y alguna ligera equivocación, como la de considerar portugués a San Francisco Javier (pág. 20)—no alteran el hecho de que la obra, en cuanto se refiere propiamente a Malaya, sea positivamente interesante.

JULIO COLA ALBERICH.

